

Las relaciones entre las clases en la revolución china

León Trotsky

3 de abril de 1927

(Tomado de *La segunda revolución china (notas y escritos de 1919 a 1938)*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, páginas 27-44. Artículo fechado el 3 de abril de 1927 y que, a causa de la prohibición por Stalin de su publicación, no vio la luz hasta 1938 en la revista *The New Internationalist* de marzo abril.)

El número 11 de *Communist International*, del 18 de marzo de 1927, trae un artículo editorial acerca del Quinto Congreso del PC Chino y el Kuomintang que constituye en todo sentido una caricatura excepcional de los elementos básicos de la teoría marxista y la política bolchevique. La única caracterización que puede hacerse de dicho artículo es que refleja el peor menchevismo de derecha en materia de revolución.

El artículo parte de la premisa de que el “problema de los problemas” de la revolución china es, en la actualidad, la posición del Kuomintang, el desarrollo futuro del Kuomintang como partido que encabeza el Estado de China del Sur (p. 4). Así, el problema de los problemas no es el despertar y la unificación de millones de obreros bajo la dirección de los sindicatos y del Partido Comunista, ni cómo atraer a los campesinos y artesanos pobres hacia el torrente principal de la movilización, ni la profundización de la lucha del Partido Comunista por ganar al proletariado, ni la lucha del proletariado por extender su influencia a las multitudinarias masas de desheredados. No, el “problema de los problemas” (¡!) es la posición del Kuomintang, es decir, de un partido que tiene, según cifras oficiales, unos trescientos mil miembros: estudiantes, intelectuales, comerciantes liberales en general, y en parte obreros y campesinos. “Para un partido político [declara el artículo] trescientos mil miembros es una cifra importante.” ¡Apreciación mezquina y parlamentaria! Si los trescientos mil hubieran surgido de las luchas recientes de la clase, y de la experiencia de haber dirigido huelgas obreras y movilizaciones campesinas, bastaría, naturalmente, con menos de esos miembros para asumir con éxito la dirección de la revolución en su nueva y más amplia etapa de masas. Pero los trescientos mil son, en su mayoría, producto de la captación individual en los estratos superiores. Tenemos aquí la unificación de los nacionalistas liberales o cadetes con los socialrevolucionarios de derecha, mezclados con los comunistas jóvenes, que se ven obligados, en su etapa de formación política, a someterse a la disciplina y aun a la ideología de una organización nacionalista burguesa.

“El desarrollo del Kuomintang [prosigue el artículo] revela síntomas alarmantes (¡!) desde el punto de vista de la revolución china” (pág. 4). ¿Y de qué naturaleza son esos síntomas “alarmantes”? Aparentemente, que el poder está en manos del centro del Kuomintang y que “en el último periodo el centro ha gravitado casi siempre decididamente a la derecha”. Es de notar que todas las definiciones políticas de este artículo son formales, parlamentarias y ceremoniales, carentes de todo contenido de clase. ¿Qué significa esta gravitación... hacia la derecha? ¿Qué clase de “centro” del Kuomintang es éste? Son los estratos superiores de la *intelligentsia* pequeñoburguesa, funcionarios de segunda categoría y demás. Como todo pequeño burgués, este centro es incapaz de tener una política independiente, sobre todo en un periodo en que millones de obreros y campesinos irrumpen en escena. Este centro pequeñoburgués puede ser un aliado del proletariado siempre que éste se dé una política independiente. Pero ni hablar se puede de esa política en China, donde no existe un partido de la clase, independiente.

Los comunistas no se limitan a “unirse” al Kuomintang, se someten a su disciplina y se comprometen a no criticar el sunyatsenismo. En estas condiciones, el centro intelectual pequeñoburgués sólo puede ir a la cola de la burguesía liberal, que está ligada con vínculos imperceptibles a la burguesía compradora; es decir, abiertamente pro imperialista; y, a medida que se agudiza la lucha de las masas, se pasa a su bando. Así, el Kuomintang es un aparato partidario adecuado a la sujeción política del movimiento, de masas por un centro intelectual, una dirección cien por cien derechista, es decir burguesa, que en estas circunstancias se impone al gobierno nacional y que seguirá haciéndolo. El artículo dice que los “izquierdistas” predominan en las conferencias, congresos y en el Comité Ejecutivo del Kuomintang, pero qué esta circunstancia consoladora “no se refleja en la composición y política del gobierno nacional”. ¡Asombroso! Pero, después de todo, la pequeña burguesía de izquierda existe para desplegar su radicalismo en artículos, en conferencias y banquetes, a la vez que deja el poder en manos de la mediana y gran burguesía.

Por lo tanto, los síntomas “alarmantes” en el Kuomintang consisten en que el Kuomintang no personifica la idea pura de la revolución nacional-libertadora que el autor del artículo sacó de la manga; antes bien, refleja la mecánica de clase de la involución china. Lo que al autor le resulta “alarmante” es el hecho de que la historia del pueblo chino se desenvuelve como lucha de clases, resultando así no ser una excepción en la historia de la humanidad. Más adelante, el artículo nos informa que “al Kuomintang y al gobierno nacional le preocupa seriamente [¡notable expresión!] el crecimiento del movimiento obrero”. ¿Qué significa esto? Que la pequeña burguesía intelectual teme el susto que el despertar del movimiento obrero le produce a la burguesía. A medida que la revolución se extiende y profundiza su base, radicaliza sus métodos, afila sus consignas, grupos y estratos de propietarios e intelectuales de la ciudad ligados a ésta inevitablemente se separarán de ella. Parte del gobierno nacional tiene vínculos de sangre con la burguesía, y la otra, temerosa de romper con ella, se empieza a “preocupar” por el crecimiento del movimiento obrero y trata de ponerlo en vereda. Con la delicada expresión “preocupación”, al igual que con las palabras “síntomas alarmantes”, el artículo se refiere a la agudización de la tensión entre las clases y a los intentos de la burguesía nacionalista liberal de utilizar al Kuomintang como herramienta para transmitir sus órdenes al gobierno nacional, para sofrenar al proletariado. ¿Cuándo y dónde hemos analizado alguna vez las relaciones de clase como lo hace el artículo de *Communist International*? ¿De dónde provienen esas ideas? ¿Cuál es su fuente?

¿Qué métodos propone el artículo para combatir estos “síntomas alarmantes”? El artículo polemiza en lo que hace a esta cuestión, con el pleno de junio (de 1926) del Comité Central del PC Chino, que resolvió que éste debía formar, como organización independiente, un bloque con el Kuomintang. El artículo repudia esta posición. También rechaza la idea de crear en el seno del Kuomintang un ala izquierda, aliada al PC. No, la tarea (nos enseña) consiste en “imprimirle una firme orientación de izquierda al Kuomintang en su conjunto”. El problema se resuelve fácilmente. Lo que se necesita en la nueva etapa del proceso, cuando los obreros libran huelgas contra los capitalistas, cuando los campesinos tratan, contra la oposición del gobierno nacional, de echar a los terratenientes, es imprimirle “una firme orientación de izquierda” al Kuomintang, que representa la unificación de un sector de la burguesía afectada por las huelgas, un sector de la *intelligentsia* terrateniente afectada por la movilización agraria, intelectuales pequeñoburgueses de las ciudades que temen “repeler” a la burguesía hacia el bando de la reacción y, por último, el partido comunista atado de pies y manos. Este es el Kuomintang al que hay que imprimirle “una firme orientación de izquierda”. Nadie

conoce la línea de clase que esta “firme orientación de izquierda” debe reflejar. ¿Y cómo imprimírsela? Muy sencillo: es necesario “saturarlo [al Kuomintang] con elementos revolucionarios obreros y campesinos” (p. 6). ¿Saturar al Kuomintang de obreros y campesinos? Pero el problema es que los obreros y campesinos, poco familiarizados con la idea pura de revolución nacional, tratan de utilizar la revolución para “saturarse” un poco antes de ir a saturar al Kuomintang. Con este fin hacen huelgas y movilizaciones agrarias. Pero estas manifestaciones desagradables de la lucha de clases le impiden al Kuomintang adquirir una “firme orientación de izquierda”. Llamar a un obrero huelguista a unirse al Kuomintang es estrellarse contra la siguiente objeción: ¿Por qué debo unirme a un partido que aplasta las huelgas a través del gobierno que él mismo instauró? El astuto autor del artículo probablemente le respondería: al entrar en un mismo partido con la burguesía, podrá impulsarla hacia la izquierda, eliminará los “síntomas alarmantes” y despejará las nubes de su “preocupación”. A lo que el obrero de Shanghái replicaría que los obreros pueden presionar al gobierno y aún derribarlo, pero no presionando a la burguesía en el marco de un partido común sino mediante un partido clasista independiente. Digamos de paso que es muy posible que el obrero de Shanghái que ya ha dado muestras de gran madurez, ni siquiera seguiría discutiendo, se encogería de hombros y consideraría a su interlocutor un caso perdido.

El artículo cita más adelante a uno de los dirigentes comunistas que dijo, en el congreso partidario de diciembre de 1926, que el Kuomintang está muerto y en descomposición y que no hay razón alguna para que los comunistas se aferren a un cadáver putrefacto. El artículo comenta al respecto: “Es evidente [¡!], que este camarada tenía en mente el hecho de que recientemente el gobierno nacional, y sobre todo los organismos provinciales de gobierno, en una serie de ocasiones, se han pronunciado repetidamente en contra del desarrollo de la lucha revolucionaria de la clase obrera y el campesinado” (p. 7). La penetración del autor del artículo es verdaderamente asombrosa. Cuando un comunista chino declara que, en lo que hace a la revolución, los nacionalistas burgueses están “evidentemente” muertos tiene en mente que el gobierno nacional ha fusilado a algunos obreros huelguistas. “¡Evidentemente!” Desde luego que hay “síntomas alarmantes”, pero “podemos evitar el peligro si no consideramos al Kuomintang un cadáver putrefacto” (p. 7). Parecería que todo depende de cómo consideramos al Kuomintang. Las clases y sus partidos dependen de cómo los miramos. El Kuomintang no es un cadáver, sólo está enfermo. ¿De qué? De falta de sangre de obreros y campesinos revolucionarios. Es necesario que el partido comunista “ayude a que afluya esa sangre”, etcétera. En fin, lo que hace falta es efectuar la operación, muy de moda últimamente, de transfusión sanguínea, no a escala individual sino de clase. Pero el quid del problema es que la burguesía ya ha comenzado a efectuar transfusiones a su manera, fusilando, ayudando a fusilar o haciendo la vista gorda ante el fusilamiento de huelguistas y campesinos revolucionarios. En fin, al tratar de aplicar esta magnífica receta, nos encontramos con la misma dificultad: a saber, la lucha de clases. El eje del artículo es su deseo de que la revolución china esquivе la lucha de clases, tomando un camino económico, racional y oportuno. En una palabra, utilizando los métodos de los mencheviques y lo que es peor, en sus momentos más reaccionarios, ¡Y ese artículo aparece en el órgano teórico de la Internacional Comunista, fundada sobre la base de la ruptura irreconciliable con la Segunda Internacional!

El artículo fustiga a los comunistas chinos por no participar en el gobierno nacional y en sus organismos locales. Podrían impulsar al gobierno hacia la izquierda desde adentro, resguardarlo de dar pasos en falso contra las masas, etcétera, etcétera. Se ha renegado de toda la experiencia del pasado, sobre todo de la experiencia de la

Revolución Rusa. Se entrega la dirección de la revolución al Kuomintang, y los comunistas deben asumir la responsabilidad por la violencia contra los obreros. Atados de pies y manos en el Kuomintang, los comunistas son impotentes, no pueden ofrecerles a las masas multitudinarias una línea política independiente internacional y nacional. Pero se justifica que los obreros acusen a los comunistas, sobre todo si participan en el gobierno nacional, de complicidad en las acciones antiproletarias y antipopulares de la burguesía nacionalista. Se ha renegado de toda la experiencia de nuestra revolución.

Si los comunistas, a pesar del poderoso crecimiento de los sindicatos y de la movilización agraria revolucionaria, en las aldeas se ven obligados a seguir constituyendo una sección subalterna de un partido burgués o entran como apéndice impotente en un gobierno nacional formado por este partido burgués, entonces debe decirse lisa y llanamente que no ha llegado el momento de constituir un partido comunista en China. Porque es preferible no construir un partido comunista que comprometerlo en la época de revolución, es decir, precisamente en el momento en que los vínculos entre el partido y la clase se sellan con sangre, cuando se crean las grandes tradiciones que perduran por décadas. Al desarrollar un programa oscilante al estilo del menchevismo derechista decadente, el artículo pretende darse brillo en el más modesto espíritu moderno consolando a China con el hecho de que posee premisas objetivas para “saltar la etapa capitalista de desarrollo”. Ni una palabra en el sentido de que la perspectiva anticapitalista del desarrollo chino depende directa e incondicionalmente del curso general de la revolución proletaria mundial. Sólo el proletariado de los países capitalistas más avanzados (con la ayuda organizada del proletariado chino) podrá arrastrar a esa masa de cuatrocientos millones de campesinos dispersos, empobrecidos y atrasados y llevarla a través de una serie de etapas intermedias al socialismo, sobre la base del intercambio mundial de mercancías y la ayuda técnica y organizativa del exterior. Creer que sin la victoria del proletariado en los países más avanzados, y antes de esta victoria, China es capaz, por sus propias fuerzas, de “saltar la etapa de desarrollo capitalista” es pisotear el abecé del marxismo. Esto no le preocupa a nuestro autor. Él se limita a ofrecerle a China una senda no capitalista: evidentemente, en recompensa por las penas sufridas y también por el carácter dependiente del movimiento proletario y, sobre todo, por la posición degradante del PC Chino.

¿Cómo puede y debe plantearse en realidad el problema de los caminos capitalista y socialista del desarrollo de China?

Antes que nada, hay que aclararle a la vanguardia del proletariado chino que China no posee premisas económicas para su transición *independiente* al socialismo; que la revolución que se está desarrollando bajo la dirección del Kuomintang es una revolución nacionalista burguesa, cuya única consecuencia puede ser, aun en el caso de producirse un triunfo total, el mayor desarrollo de las fuerzas productivas sobre una base capitalista. Pero es necesario plantearle al proletariado chino con no menos fuerza el reverso de la moneda: la tardía revolución nacional que se está desarrollando en China se desenvuelve en la época de la decadencia imperialista del capitalismo. Como lo ha demostrado la experiencia rusa (en contraste, digamos, con la inglesa) la política no avanza a la par de la economía. El desarrollo futuro de China debe analizarse en el contexto internacional. A pesar del atraso de la economía china, y, en parte debido precisamente a ese atraso, la revolución china es perfectamente capaz de llevar al poder político la alianza de obreros y campesinos bajo la dirección del proletariado. Este régimen será el vínculo político de China con la revolución mundial. En el curso del periodo de transición la revolución revestirá un carácter auténticamente democrático, obrero-campesino. En la economía, es indudable que primarán las relaciones mercantiles capitalistas. El régimen político se orientará principalmente a asegurarles a

las masas la mayor porción posible de los frutos del desarrollo de las fuerzas productivas y, a la vez, la utilización a pleno de los recursos políticos y culturales del estado. El desarrollo futuro de esta perspectiva (la posibilidad de pasar de la revolución democrática a la revolución socialista) dependerá total y exclusivamente del curso de la revolución mundial, y de los éxitos políticos y económicos de la Unión Soviética, que son parte integrante de esta revolución mundial. Si la revolución china llegara a triunfar con su actual dirección nacionalista burguesa, se desplazaría rápidamente hacia la derecha, demostraría sus buenas intenciones a los países capitalistas, ganaría rápidamente el reconocimiento de aquéllos, les ofrecería concesiones sobre nuevas bases, obtendría de ellos préstamos; en una palabra, entraría en el sistema de estados capitalistas como una entidad menos denigrada, menos colonial, pero profundamente dependiente. Por otra parte, la república china mantendría con la Unión Soviética, *en el mejor de los casos*, las mismas relaciones que mantiene la actual República de Turquía.

Sólo se puede abrir un camino distinto si el proletariado desempeña un papel dirigente en la revolución nacional democrática. Pero para ello el primer requisito, y el más elemental, es la independencia: total del partido comunista, y que éste luche, banderas al viento, por la dirección de la clase obrera y la hegemonía en la revolución. Si no lo hace, toda cháchara acerca de vías de desarrollo no capitalistas sirve para encubrir la política del menchevismo de derecha con la fraseología eserista de izquierda del periodo prerrevolucionario [ruso]: la más repugnante de todas las combinaciones posibles. Un programa que ayuda a la “transfusión de sangre de obreros y campesinos al Kuomintang” (¡fraseología infame!) no da ni significa nada. Resulta que hay distintos tipos de sangre obrera y campesina. La sangre que vierten los obreros chinos en la actualidad no es sangre vertida con conciencia de clase. Los obreros que ingresen al Kuomintang se convertirán en correligionarios del Kuomintang, o sea que la materia prima proletaria se refundirá en el crisol pequeñoburgués de Sun Yat-sen. Para impedir que ello ocurra los obreros deben recibir su educación en un partido comunista. Y para ello el partido comunista debe liberarse de *toda restricción* externa que le impida dirigir a los obreros en su lucha y oponer el leninismo al sunyatsenismo.

Sin embargo, es posible que el autor del artículo tenga en mente, en el antiguo estilo martinovista, la siguiente perspectiva: primero, la burguesía nacional completa la revolución nacional burguesa, por medio del Kuomintang que, con la ayuda de los mencheviques chinos, estará lleno de sangre obrera y campesina. Culminada esta etapa, llamémosla menchevique, de la revolución nacional, llega la hora de la etapa bolchevique: el partido comunista se retira del Kuomintang, el proletariado rompe con la burguesía, gana al campesinado y dirige el país hacia la “dictadura democrática de obreros y campesinos”. Es muy probable que el autor se guíe por una concepción que es fruto de su incapacidad para comprender las dos estratificaciones de la etapa de 1905: la menchevique y la bolchevique. Pero dicha perspectiva es una sandez pedante.

Es imposible hacer la revolución democrática dos veces: primero con carácter burgués y luego proletario. Si le impidiéramos a la vanguardia proletaria romper a tiempo con la burguesía, y utilizar la situación revolucionaria para demostrar a las masas en los acontecimientos irrepetibles de la lucha suprema, su lealtad enérgica e invariable para con la causa de los trabajadores; si lográramos este objetivo esclavizando al PC aún más al Kuomintang, llegaría inevitablemente la hora en que la vanguardia del proletariado rompería tardíamente con la burguesía, probablemente no bajo la bandera del comunismo, y quizás renunciaría a la política. El pasado del movimiento obrero europeo proveería a los proletarios revolucionarios chinos de una ideología adecuada a su situación, el sindicalismo, el anarquismo, etcétera. En estas

condiciones, el estado nacional-democrático chino llegaría muy fácilmente al fascismo o semifascismo.

Lo hemos visto en Polonia. ¿Hace tanto qué Pilsudski era uno de los dirigentes de una organización revolucionaria pequeñoburguesa, el P.S.P.? ¿Ha pasado tanto tiempo desde que estuvo en la fortaleza de Pedro y Pablo? Todo su pasado le confirió autoridad e influencia entre los círculos pequeñoburgueses y en el ejército; y utilizó esa autoridad para dar un golpe fascista dirigido plenamente contra los trabajadores. ¿Habrá alguien que niegue que hay Pilsudski en la dirección del Kuomintang? Los hay. Ya se pueden dar algunos nombres. Si el Pilsudski polaco necesitó tres décadas para completar su evolución, el Pilsudski chino necesitará mucho menos para cumplir su transición desde la revolución nacional al fascismo nacional. Vivimos en la época imperialista, en que el ritmo de desarrollo se ve acelerado al extremo, en que las convulsiones se suceden, en que cada país aprende de las experiencias de los demás. Seguir la política de un partido comunista dependiente de entregarle obreros al Kuomintang es preparar el terreno para la instauración triunfante de la dictadura fascista en China, en ese momento no muy lejano en que el proletariado se verá obligado, a pesar de todo, a alejarse del Kuomintang.

El menchevismo, incluso en el periodo de su gran “florecimiento” revolucionario, no trató de ser el partido clasista del proletariado que se eleva al plano de las tareas nacionales y luego de las mundiales (el bolchevismo), sino el supervisor del desarrollo nacional, donde el partido del proletariado recibía por adelantado un papel subalterno (de colaborar, hacer transfusiones sanguíneas, etcétera). Pero semejante supervisión seudomarxista de la historia siempre ha resultado, en la acción, un cretinismo pedante. Los mencheviques ya lo demostraron en 1905; Kautsky lo hizo más tardíamente, pero en forma no menos decisiva.

La revolución nacional, en el sentido de lucha contra la dependencia nacional, sigue una mecánica de clases. Los militaristas chinos representan una organización de clase. La burguesía compradora representa el destacamento más “maduro” de la burguesía china, que no desea un febrero chino por temor a que desemboque en un octubre o en un semioctubre chino. El sector de la burguesía china que permanece en el Kuomintang para constituir un freno interno y un auxiliar de la burguesía compradora y los imperialistas extranjeros, tratará mañana de apoyarse en el bombardeo de Nankín para presionar a la base revolucionaria y, sobre todo, para frenar al proletariado. Lo logrará a menos que el proletariado lo pueda contrarrestar mediante una movilización cotidiana, de clase, bien dirigida. Lo que es imposible mientras el partido comunista se encuentre subordinado al Kuomintang, que está dirigido por el sector auxiliar de la burguesía compradora y los imperialistas extranjeros. ¡Es vergonzoso tener que explicar esto en el año 1927, y doblemente vergonzoso polemizar con esta concepción contra el artículo editorial del órgano de la Comintern!

La revolución china, a medida que se extiende geográficamente, se profundiza socialmente. Shanghái y Hankow (los dos centros industriales más importantes, que concentran alrededor de setecientos cincuenta mil obreros) están en manos del gobierno. Nankín fue bombardeada por los imperialistas. La lucha pasó inmediatamente a un plano superior. Capturados Shanghái y Hankow, la revolución ha concentrado en su seno las contradicciones de clase más desarrolladas de China. Ya no podrá orientar su política hacia el campesinado artesanal y comerciante del sur; deberá orientarse hacia la burguesía o el proletariado. El proletariado debe gravitar hacia las bases multitudinarias que luchan contra la burguesía. Por otra parte, la carnicería de Nankín demuestra que los imperialistas no bromean. ¿Esperan con ello aterrorizar a los obreros chinos o detener la movilización agraria? Difícilmente. En todo caso, no es ése su objetivo inmediato. Más

que nada desean hacer comprender a la dirección burguesa del movimiento nacionalista que ha llegado el momento de romper con la base si no quieren estar en la mira de los cañones del imperialismo mundial. El bombardeo de Nankín constituye propaganda para las ideas de la burguesía compradora, es decir, lo saludable que es la amistad con el imperialismo mundial, poderoso, unido y armado, siempre dispuesto a proveer no sólo ganancias sino también protección armada contra los obreros y campesinos propios.

Es una necesidad afirmar que el bombardeo de Nankín fundirá a la nación china en un solo hombre, etcétera. Es una aseveración digna de demócratas de clase media. La revolución ha alcanzado un nuevo nivel y una diferenciación más profunda en el campo nacionalista; su ruptura en un ala revolucionaria y otra reformista compradora surge como una necesidad de hierro de la situación de conjunto. Los cañones británicos, una vez pasada la ola de “indignación” general, sólo acelerarán el proceso. De aquí en más, llevar a los obreros y campesinos al campo político de la burguesía y mantener al partido comunista de rehén dentro de las filas del Kuomintang equivale objetivamente a una traición.

¿Deben participar los delegados del PC en el gobierno nacional? Si se tratara de un gobierno que correspondiera a la nueva fase de la revolución, un gobierno revolucionario obrero y campesino, indudablemente deberían hacerlo. En el actual gobierno nacional, de ninguna manera. Pero antes de pasar al problema de la representación comunista en un poder revolucionario es necesario analizar el problema del partido comunista en sí. Después de la toma revolucionaria de Shanghái, las viejas relaciones políticas se han vuelto insostenibles. Es necesario aprobar la resolución totalmente correcta del plenario de junio del CC del PCCh, que exige que el partido se retire del Kuomintang y forme un bloque con esa organización a través de su ala izquierda.

Negar la necesidad de organizar una fracción de izquierda en el Kuomintang y recomendar, con el editorial de *Communist International*, que se le imprima al Kuomintang en su conjunto una orientación de izquierda es charlatanería. ¿Cómo es posible imprimirle a una organización una orientación de izquierda si no se organiza a los partidarios de dicha orientación y se los contraponen a sus adversarios? Es lógico que el Kuomintang tendrá sus objeciones. Es posible que empiece a citar las resoluciones antifraccionales del Décimo Congreso de nuestro partido. Ya hemos visto una fantochada de este tipo en relación al problema de la dictadura de un solo partido. La extrema derecha del Kuomintang subraya la necesidad incondicional de la misma, citando como ejemplo al PCUS. De la misma manera dirán que un único partido que ejerce la dictadura no puede tolerar fracciones en su seno. Pero esto significa únicamente que el ala derecha del campo nacionalista, que llegó al poder por intermedio del Kuomintang; quiere prohibir al partido independiente de la clase obrera, y también a los elementos radicalizados de la pequeña burguesía, ejercer dentro del partido una verdadera influencia sobre la dirección. El autor del artículo citado coincide en todas estas cuestiones con el ala burguesa del Kuomintang.

Debemos comprender claramente que la burguesía china trata todavía de investirse de la autoridad de la Revolución Rusa y que, sobre todo, trata de plagiar la forma de la futura dictadura del proletariado chino para fortalecer su propia dictadura contra el proletariado. Es por ello que no se puede permitir el menor equívoco al determinar la etapa por la que atraviesa la revolución china. No se trata de una revolución socialista sino democrático-burguesa. Y en ésta hay dos métodos: el conciliador burgués contra el obrero-campesino. Hoy solamente se puede especular acerca de la forma y circunstancias en que la revolución nacional democrática se elevará a socialista, y si el proceso se producirá ininterrumpidamente o con interrupciones

breves o prolongadas. La marcha futura de los acontecimientos aclarará el problema. Pero tapar la cuestión del carácter burgués de la revolución actual con divagaciones generales acerca del proceso no capitalista es confundir al partido comunista y desarmar al proletariado. Esperamos no llegar a ver a la Comisión Central de Control Internacional exigirle cuentas a los comunistas chinos por tratar de construir una fracción de izquierda en el Kuomintang.

Desde el punto de vista de los intereses de clase del proletariado (que es el que nosotros adoptamos) la tarea de la revolución burguesa es obtener el máximo de libertades para la lucha de los obreros contra la burguesía. Desde esta perspectiva, la filosofía de los dirigentes del Kuomintang respecto del partido único centralizado, que no permite la existencia de otros partidos ni de fracciones en su seno, es una filosofía hostil al proletariado, una filosofía contrarrevolucionaria que sienta las bases ideológicas para el fascismo chino del mañana. Es absurdo afirmar que el retiro del PC del Kuomintang pone fin a la colaboración. No significa el fin de la colaboración sino de la esclavitud. La colaboración política supone la igualdad de las partes y el acuerdo mutuo. Ese no es el caso en China. El proletariado no hace acuerdos con la pequeña burguesía, sino que se somete en forma encubierta a la dirección de la misma, y le pone un sello organizativo a dicha sumisión. En su forma actual el Kuomintang es la corporización de un “tratado desigual” entre la burguesía y el proletariado. Si el conjunto de la revolución china exige la derogación de los “tratados desiguales” con las potencias imperialistas, el proletariado chino debe liquidar ese tratado desigual con su propia burguesía.

Es necesario llamar a los obreros chinos a crear soviets. El proletariado de Hong Kong creó, durante la huelga general, una organización muy parecida, por su estructura y funciones, a un tipo elemental de soviet obrero. Es necesario avanzar partiendo de esa experiencia. El proletariado de Shanghai ya posee una experiencia de lucha inapreciable y es absolutamente capaz de crear soviets de diputados obreros, que sentarán el ejemplo para toda China y serán así el centro de atracción de todas las organizaciones auténticamente revolucionarias.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es